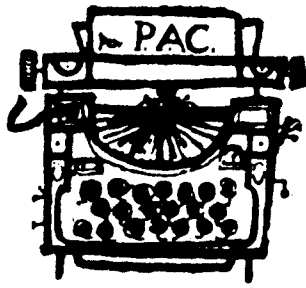


# Los tiempos del verbo ayudar



AYUDAR. A propósito de este verbo que en Nicaragua ha adquirido dos rostros, uno (desvalido) para enseñarse en el exterior, otro (fiero) para con nosotros mismos, he recordado la parábola de Cristo de aquel siervo que debía a su patrono diez mil talentos y cuando iba a ser ejecutado pide misericordia y el patrono le perdona la deuda. Pero acto continuo el siervo perdonado se encuentra con un compañero que le debe unas cuantas monedas y se le va encima y le cobra a golpes y a pesar de que su compañero le implora que le dé un plazo, se niega y lo echa a la cárcel.

No sé si hemos reflexionado sobre el significado de la ayuda recibida por Nicaragua con motivo del terremoto. Qué movilizó al mundo a favor nuestro? — Un sentimiento de solidaridad humana. Pero, por qué motivo? — La contestación es obvia: Porque sufrimos un devastador terremoto. Pero, aclaremos, porque ya se nos ha olvidado: el terremoto no sólo lo sufrió la industria, o el capital, o el Estado: lo sufrió el pueblo todo. La solidaridad del mundo fue con ese pueblo y mi pregunta es: ¿Hemos sido solidarios los nicaragüenses con nosotros mismos en la medida en que lo fue con nosotros el mundo? El sentido de AYUDA —la mentalidad de FAVORRECER al necesitado que movió al mundo— es nuestra mentalidad o la hemos distorsionado?

El mundo da al nicaragüense diez mil talentos por solidaridad pero el nicaragüense no perdona al nicaragüense. La ayuda es humana desde el exterior hasta nosotros. Pero al llegar a esta frontera la ayuda pierde su sentido humano y se convierte en una operación económica. Allá el objetivo es el Hombre, aquí el objetivo es el Dinero. Allá se supone que éste es un pueblo damnificado cuyas deudas deben gozar de un trato blando; aquí ni siquiera se acepta una ley moratoria sino que repican las radios la cantinela: "Haces tu país mejor, si eres un buen pagador". Allá se aborda el problema desesperante de la vivienda con el sentido de ayuda; aquí los inquilinos son presionados —como si no hubiera habido terremoto— y las computadoras sustituyen a la solidaridad. Imponemos la jornada de 60 horas, eliminamos los días feriados, amputamos un mes de sueldo a los empleados públicos —cargas sobre el más débil— ¿con qué las compensamos? Qué perseguimos: reconstruir a Nicaragua como si fuera una empresa, o reconstruirla como una comunidad? Qué entendemos por emergencia? El restablecimiento de una nación como negocio, donde la preferencia la tiene el capital, o el afrontamiento de una inmensa necesidad donde la preferencia la tienen los más débiles y los más pobres?

—O<sup>o</sup>—

Debemos reflexionar sobre lo que ha sucedido en Nicaragua con el contenido de ciertas palabras como "solidaridad" y "ayuda" que significan y entrañan una especial relación del hombre con su prójimo.

Debemos reflexionar, digo, porque es esa relación la que ha entrado en crisis en Nicaragua.

La actitud de "ayudar" (cuando otra persona está en apuros) le parecerá a la mayoría un movimiento obvio, "natural" del corazón humano. Crean que esa conducta para con el prójimo brota espontáneamente de la naturaleza humana. Pero no es así. Quiénes tienen esta idea ol-

vidan la larguísima, las dos veces milenaria agricultura operada sobre la naturaleza del hombre desde la aparición del cristianismo. Entre caídas y levantadas el hombre ha ido desarrollando sentimientos de solidaridad cada vez más refinados que ha ido institucionalizando y —por así decirlo— legalizando en su vida civilizada. Las garantías constitucionales, los Derechos Humanos, las instituciones como la Cruz Roja o los hospitales y otras formas sociales de beneficencia y ayuda son conquistas, no del hombre "natural", sino del hombre que ha superado sus niveles primitivos, que ha progresado en sí mismo. Pero esas conquistas no siempre expresan la conducta general del hombre en una comunidad. Con frecuencia la conducta de la mayoría o la conducta de los dirigentes contrasta, por su descenso a lo primitivo, con esas conquistas de nivel superior, que se convierten en una acusación o en un reclamo permanentes.

Antes no existía esa posibilidad de contraste. La civilización es, por lo menos, eso: el poseer en la conciencia colectiva unos valores de superación humana que nos den derecho a exigir.

Pero, ¿por qué y cuándo el hombre descende de sus propios niveles humanistas ya alcanzados? —Cuando palidece su concepto cristiano del hombre (cuando el hombre deja de ser hermano del hombre) cuando el EGOÍSMO excluye al "otro". Cuando el "prójimo" —que significa: el próximo, el cercano— es alejado y convertido en el enemigo, en el ser que yo puedo explotar o dominar para beneficio propio.

El sentimiento "natural" del hombre, es decir, el sentimiento de su animalidad, es egoísta. Amamos, ciertamente, a los hijos, a la familia, a algunos amigos que nos convienen, pero, entre más nos desvestimos del hombre espiritual y nos acercamos al hombre natural, más descendemos a la conducta animal con el prójimo: a la manada que extermina o expulsa al animal viejo o al herido; al hormiguero que sacrifica a miles de hormigas para que el resto pase el río; al canario que expulsa del nido a los pequeños a los 19 días; a las aves migratorias que se van de la nidada al llegar la fecha del vuelo y si hay crías pequeñas las abandonan; al político que sólo beneficia al correligionario; al militarista que rodea de todos los privilegios a sus subordinados castrenses a costa de los civiles; al Estado que niega el derecho a la libertad o a la vida al adversario; al Rico que nutre sus ganancias mermando los salarios del trabajador.

Qué ha pasado en Nicaragua con el contenido de la palabra "ayuda"? Por qué, a la hora del terremoto, quedó marcada, junto a las fallas geológicas, una profunda falla moral en nuestra relación con el prójimo?

Las virtudes de los pueblos —como las de los individuos— no son nunca rasgos definitivos sino luces que se encienden, palidecen o se apagan, según sea la ética, la educación, las estructuras sociales y los valores que predominen o arraiguen en la conciencia colectiva. Un pueblo, como un individuo, puede ser generoso y convertirse en un lépero. Puede endurecerse y encanallarse habiendo sido humanitario y abierto. No se imponen en un pueblo ciertas filosofías de la vida, ciertas formas de autoridad, ciertas relaciones socio-económicas sin que

se adviertan pronto sus resultados.

—O<sup>o</sup>—

Meditemos un poco esta semana si hemos sembrado, si estamos sembrando solidaridad, o si por el contrario las semillas

de la reconstrucción son semillas de egoísmo.

Porque, según sea la semilla, así será la Ciudad que recogeremos.

PABLO ANTONIO CUADRA